

universo **que**

Cualquier cosa, menos quejos

Número **114** - Abril de 2020 - Distribución gratuita www.universo centro.com



Cinco fechas de cuarentena

I
18 de marzo

Nuevas rutinas, más sencillas, más lánguidas, más íntimas. Nuevos miedos, más profundos, más ciertos, más colectivos. No hace falta estar contagiado para que el cuerpo cambie y la mente tome rumbos inesperados. Estar quietos nos obliga a pensar de otra manera, a sufrir el tiempo que tanto hemos deseado y a rumiar los males que tanto hemos ignorado. La frivolidad ahora parece un pecado excesivo, y el humor pierde buena parte de su espacio, quedando un resquicio para el cinismo más inteligente e igualitario: ahora la burla macabra, la mueca que invoca la peste, nos corresponde a todos. Los pleitos de todos los días han perdido su valor al mismo ritmo de las acciones. A diferencia de las tragedias que trae la guerra, donde el poder, los palacios, los atriles y los escudos patrios se engrandecen, con la condena de las plagas esos alardes se hacen más nimios y menos eficaces.

Aún no hemos sido tocados por ninguna tragedia. Lo nuestro es todavía un miedo a la muerte en abstracto, no el dolor frente a sus detalles. Nuestro ánimo puede cambiar de forma drástica. Montaigne, amigo de sus debilidades y dado a experimentar con su carácter para evidenciar sus propios errores, nos habla de ese espíritu voluble: “Si me sonrío mi salud y la luz de un precioso día, soy un hombre estupendo; si tengo un cayo que me duele en el dedo del pie, soy hosco, desagradable e inaccesible”.

Para los afortunados, quienes podemos sentarnos a leer, a pensar o trabajar desde la casa, se viene el aburrimiento más que la desesperación, y tal vez aparezcan algunas de las lecciones que adelanta Joseph Brodsky: “Eres finito –dice el tiempo con la voz del aburrimiento–, y cualquier cosa que hagas desde mi punto de vista es vana... El aburrimiento supone, en efecto, una irrupción del tiempo en nuestro esquema de valores. Sitúa la vida en su justa perspectiva. Lo cual da como resultado la precisión y la humildad”.

II
25 de marzo

Mientras las redes rechinan y se dan las cruentas batallas de teclado, la

ciudad muestra una cara apacible. El encierro, la política, los comunicados que se superponen y los decretos que se contradicen multiplican la neurosis y el mito de la ciudad vacía. En Medellín, el decreto no dio autorización para salir a comprar alimentos, pero algunos caminan con juicio hasta el mercado y hacen sus compras. El metro deja oír su zumbido cada media hora y unos pocos buses ruedan. Recicladores, barrenderos y domiciliarios son los dueños de la ciudad, ejercen su mayoría con desenfado. Desde las casas muchos piden leyes marciales, claman por la policía y el ejército.

Las muertes por el covid-19 serán inevitables. Ya hemos comenzado el conteo. Las medidas son urgentes, y pueden limitar las libertades personales pero no pueden suspenderlas. La tentación de la servidumbre, de entregar toda la responsabilidad a la severidad de un dirigente o un gobierno, puede resultar peor que los estragos del virus. La potencialidad de contagiarse a otros es un patrimonio de todos, no es un asunto de víctimas y victimarios. No somos una mayoría de sanos contra los apesados o los posibles transmisores. La histeria podría llevarnos a ver a los ancianos “prófugos” para recibir un poco de sol en los parques. Todas las decisiones, sean médicas, sean políticas o sociales, tienen efectos secundarios. Tendremos que ir haciendo porosa, poco a poco, con responsabilidad, nuestra burbuja de cuarentena. Lo dijo un risueño reciclador en medio de su ríbus que en la ciudad vacía: “Al que no sale no le da el viento”.

III
1 de abril

Tal vez tenían razón los habitantes de algunas ciudades europeas durante una de las tantas pestes en siglo XIX: “Y cuando la gente se dio cuenta y creció la creencia de que el cielo no quería o no podía ayudarles, no solo bajaron los brazos diciendo ‘Dejemos llegar lo que tenga que llegar’. Más aún, pareció como si el pecado hubiera brotado de un malestar secreto y clandestino hasta convertirse en una horrorosa, rabiosa plaga, que, mano a mano con el contagio físico, trataba de matar el alma mientras la otra destrozaba el cuerpo...”. Caminamos sobre un hielo muy delgado, dice



Ángela Merkel, y la metáfora sirve para señalar la pequeña línea entre la salvación y enframando.

Mientras tanto, las ceremonias religiosas se han tomado Facebook y los sacerdotes confiesan en los call center.

IV
8 de abril

En el Reino Unido Boris Johnson apostó por los científicos. El crudo realismo de los modelos y el inevitable pragmatismo económico. Si es cierto que una muy buena parte de la población debe infectarse para lograr la “inmunidad del rebaño”, pues lo mejor sería dejar avanzar el virus y encerrar a los más débiles. “Debo ser claro con ustedes y con la ciudadanía británica: muchas familias van a perder a sus seres queridos antes de lo que pensaban”. El papá de Johnson, entonces, no podría cumplir sus deseos de ir al pub del barrio. Pero los científicos cambian de una semana a otra frente a este virus más ubicuo que inocuo. Y señalaron la posibilidad de 260 000 muertes en unos meses a causa del covid-19 y la congestión hospitalaria. Ahora Johnson está en una Unidad de Cuidados Intensivos por coronavirus y la reina Isabel II habló sin corona frente a la nación: “Deberíamos sentirnos tranquilos de que, si bien aún nos queda más por soportar, volverán los mejores días: estaremos con nuestros amigos nuevamente; estaremos con nuestras familias nuevamente; nos volveremos a ver”. Las sillas presidenciales se ven tan inútiles por estos días que los ciudadanos se sienten mejor siendo súbditos.

También la ideología se hace invisible en medio de la confusión del mundo que mira tras la ventana. Trump y su desmesura se encargó de retar el virus sin dejar de dar bofetadas a sus rivales vía Twitter. Su oficio es no tener miedo. Pero Queens, su distrito en NY, según sus propias palabras, es ahora el foco de la infección. Y el presidente bajó el tono y agachó la cabeza. Desde el otro lado del muro, y de las ideas y los intereses nacionales, AMLO hace lo mismo que Trump, solo que ya no enérgico sino adormecido.

Tal vez nosotros debamos agradecer la intrascendencia a la que nos había

acostumbrado el gobierno, y vivir una crisis en tono menor en lo político, sin el estridente llamado al heroísmo ni las audiencias del caudillo.

V
15 de abril

Las recomendaciones sensatas desde los hospitales traen consecuencias en cuartos distintos a las Unidades de Cuidados Intensivos. La precaución frente al ataque del virus crea necesariamente sufrimientos sociales, estragos económicos, desbalances familiares, crisis personales. No se trata del falso dilema entre la vida y la economía, entre unos cuantos codiciosos y la salud de todos, entre el balance de las empresas y el conteo de las muertes. La quietud mundial que se impuesto afecta sobre todo a quienes basan la subsistencia en sus recorridos diarios, en sus esfuerzos de puertas afuera, en el pago por sus servicios o su rutina del minuto a minuto.

Peter Singer, profesor de bioética en Princeton, lo dice con arriesgada claridad en una conversación publicada el domingo pasado en el NYT: “Creo que la suposición, y ha sido una suposición en esta discusión, de que tenemos que hacer todo lo posible para reducir el número de muertes, no es realmente la suposición correcta (...) Ningún gobierno invierte cada dólar que gasta en salvar vidas. Y realmente no podemos mantener todo cerrado hasta que no haya más muertes. Así que creo que es algo que debe entrar en discusión. ¿Cómo evaluamos el costo general para todos en términos de pérdida de calidad de vida, pérdida de bienestar, así como el hecho de que se están perdiendo vidas?”.

Buena parte de los casos en los que en coronavirus resulta mortal se dan por una especie de sobre reacción del sistema inmune. Cuando el organismo no logra detener el virus y detecta un daño celular, provoca una respuesta inflamatoria para defenderse liberando gran cantidad de citocinas. Esa inflamación generalizada acaba en un daño sistémico y en la muerte del paciente. La comparación puede ser válida al evaluar las medidas de los gobiernos y la sociedad frente a la pandemia. ¿Estaremos en una sobre reacción que puede causar daños más graves al “sistema social”? ☹️

No tenemos palabras

por JULIANA CASTRO • Ilustraciones por la autora



I like the feeling of words doing as they want to do and as they have to do
Gertrude Stein

Desde hace casi un año mantengo una colección de palabras que no tienen traducción. Las expresiones varían desde la famosa y nostálgica *saudade* del portugués hasta la palabra alemana *schadenfreude*, usada para definir el placer derivado de presenciar el infortunio ajeno. Es fácil concluir que son consecuencia de la necesidad cultural de nombrar fenómenos propios. Por ejemplo, no es sorpresa que en Islandia, donde en algunas temporadas del año el país está casi completamente a oscuras, tengan *radljóst* para definir la cantidad de luz justa para encontrar tu camino, o *gluggaveður* para el clima que es lindo ver, pero no experimentar: clima de ventana. No existe, en ningún idioma, una palabra para la frustración de presenciar virtualmente, en cámara lenta, la indigna y solitaria muerte de muchos y la

desgracia económica de otros mientras se vive, con miedo e incertidumbre, en condiciones distintas a las que acostumbramos. No tenemos palabras para este momento.

En la carta a sus alumnos a propósito del coronavirus, el escritor George Saunders citó su tiempo de incógnito en un refugio de gente sin techo en California en el que un guatemalteco predicaba “*everything is always keep changing*”, algo así como “todo es siempre mantener cambiando”. La expresión, que es gramaticalmente incorrecta en inglés, parece ser elegida precisamente por eso: la combinación correcta de palabras no alcanza. Necesitamos la redundancia, la hipérbole, la rareza. Pedimos, a gritos, oír lo que no hemos oído antes. Enmascaramos en humor nuestra frustración. La racionalidad no da abasto. Lloramos en la cocina.

¿Cómo ponerle a esa sensación de recordar todo que está pasando, justo después de minutos u horas de distracción tranquila? En esta situación imposible, dedicarse a encontrar significado parece superfluo, un oficio de

calientapuesto. En una entrevista con la *Harvard Business Review*, David Kessler dice que la incomodidad que sentimos es dolor. La ansiedad, dice, es dolor anticipado, dolor por lo que va a pasar o podría pasar. Y, finaliza añadiendo, como quien manda flores a los muertos, que hay algo poderoso en nombrar el dolor y que encontraremos significado en la pandemia. La sexta etapa del duelo, dice Kessler, es el significado. Pero ¿cómo saber qué debemos aprender de todo esto cuando la energía se nos va en existir? Por ahora, sobrevivir es suficiente.

Supongamos que la palabra y la representación ayudan a amainar el drama. ¿Cómo nombrar lo implacable y lo desconocido? ¿Por qué no hay emoji del dolor? ¿Podremos pronto escoger, no solo aceptar, cómo y qué tanto pensar en todo esto? ¿Hemos perdido nuestra agencia o simplemente está de luto? Joan Didion dijo que el dolor es un lugar que nadie conoce hasta que se llega. Vamos para allá. Estamos separadas, pero vamos juntas. Eso tiene que ayudar. Todo es siempre mantener cambiando. ☹️

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– David Eufasio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Andrés Delgado

– María Isabel Naranjo

– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez

– Simón Murillo

– Santiago Rodas

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– Angélica, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 114 - Abril 2020

Versión digital

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Epidemias y dilemas sociales

Las grandes catástrofes de la antigüedad recordaban a los hombres que a pesar del texto bíblico que les prometía el dominio del mundo, la naturaleza se salía con frecuencia de todo límite y control. El diluvio *universal* llevó a un nuevo pacto con los dioses y desde entonces epidemias, terremotos o inundaciones cubrieron pedazos y trozos, áreas limitadas de la Tierra.

Pero durante el Renacimiento se volvió a crear un mundo único y las grandes epidemias de la conquista del Nuevo Mundo —la primera pandemia— se sumaron a las pestes de Londres, París o Italia. El descubrimiento de América abrió el camino para que las comidas de los indios se convirtieran en los manjares de Europa: el tomate, el aguacate, la papa o el ají se sembraron en Europa y cambiaron su alimentación. Y la conquista de las Indias creó una economía mundial en la que el precio del azúcar en Londres llevaba a expediciones para capturar esclavos en África, o la producción de oro de Barbacoas alteraba los precios de las telas que llegaban a España. Hizo que a América llegaran animales desconocidos, como los perros, las vacas (transmisoras de la viruela), los cerdos (con los que vino la influenza o peste

porcina), o los anofeles (portadores de la malaria), que transformaron su vida y sus enfermedades. La naturaleza, como lo mostró después Humboldt, se volvió una sola. Los virus, microbios, bacterias y parásitos cruzaron los océanos, y la viruela y la malaria, la fiebre amarilla, el dengue o el tifo, desconocidos en América, ayudaron a que la población de este continente cayera entre un ochenta y un noventa por ciento en cien años, mientras la sífilis cruzaba el Atlántico y se regaba por Francia o Italia. El aislamiento había ahorrado muchas muertes, pues los americanos no morían antes de viruela ni los europeos de sífilis, aunque en cada lado había algunas enfermedades, que en Europa producían plagas y pestes, con muertes abundantes, y en América mataban en forma más gradual.

De todos modos, la caída de la población americana fue una experiencia sorprendente y aterradora: los cronistas, sobre todo Bartolomé de las Casas, las describieron en su dureza, y los reyes, católicos creyentes, buscaron aliviar sus conciencias tratando de frenar la caída de la población. No lo pudieron hacer, porque el proceso escapaba a sus conocimientos y a sus formas de decisión: los españoles no sabían lo que estaba pasando y la

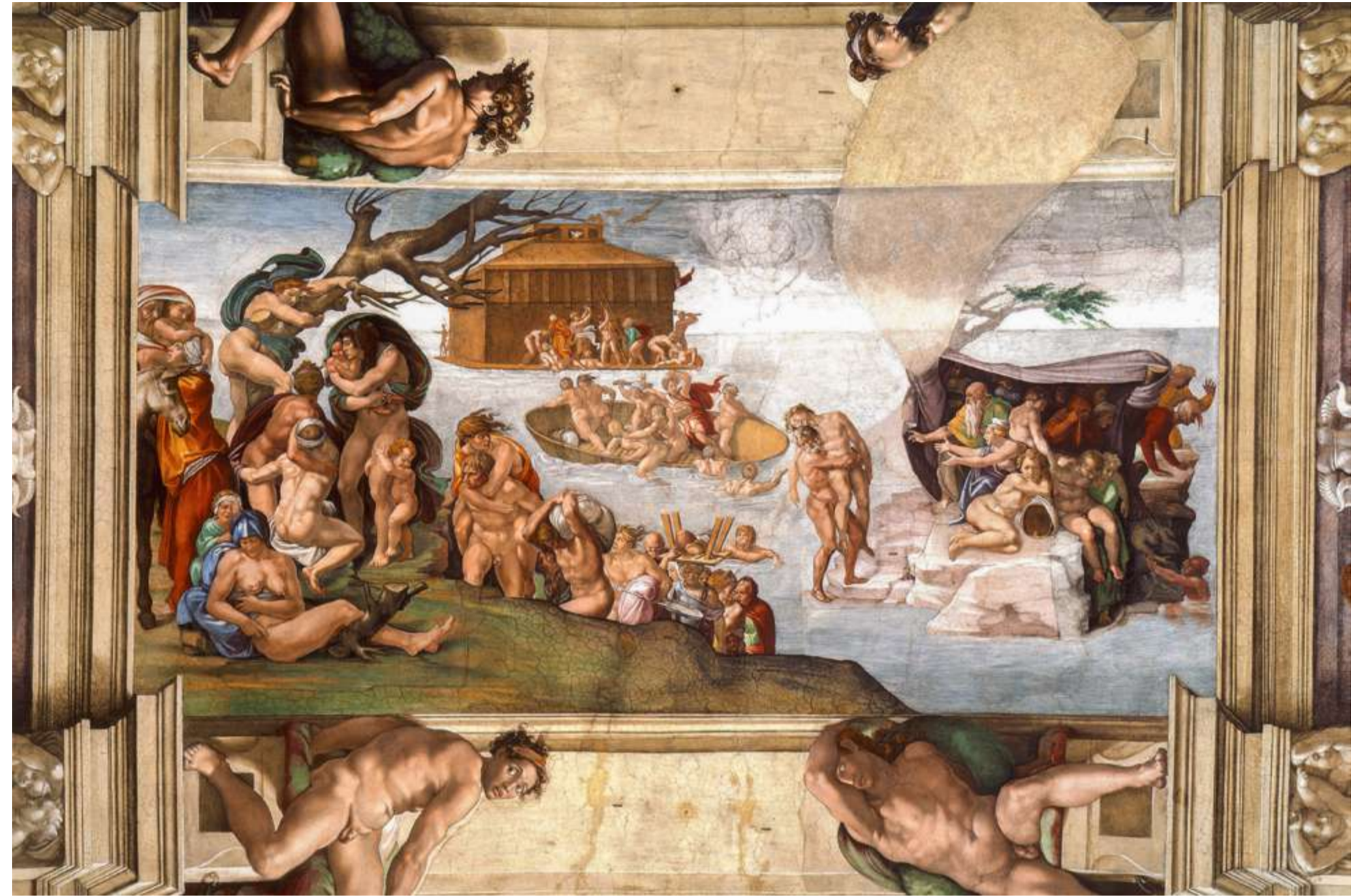
medicina era incapaz de encontrar remedios para estas enfermedades. El hecho de que los americanos se contagiaron de viruela, pero los españoles pudieran resistirla, era incomprensible. Y los mecanismos de decisión, que concentraban la autoridad en los reyes, tampoco eran apropiados ni oportunos. Los gobernantes trataban de frenar algo las muertes con cuarentenas y sobre todo con medidas sociales que enfrentaban a los reyes con los colonos españoles: tal vez si se trataba mejor a los indios, si no se les hacía trabajar tanto, si tenían más tierras para cultivar, resistirían mejor las enfermedades. Pero, como hoy, si se prohibía el trabajo indígena, decían los colonos, se morirían todos de hambre, porque solo los indios trabajaban. Por eso las autoridades locales aceptaron lo que pedían los colonos de la Nueva Granada: obedecer las leyes pero no cumplirlas. Un cabildo americano se alegró en 1620 de que la viruela hubiera matado solo a los niños y los muchachos: así no se afectaban los tributos, que solo los adultos pagaban, y los ingresos del rey y de los colonos seguían llegando. La Corona no tenía cómo escoger entre objetivos que resultaban en gran parte incompatibles: la vida de los indios o la supervivencia económica de las colonias, y debía tomar esas decisiones a medida que surgían problemas concretos y locales, y teniendo cuidado de que el costo no fuera fatal para el imperio o para los vasallos más poderosos.

El proceso para convertir el mundo en un solo espacio económico, alimenticio, informativo, recreativo y productivo ha sido lento pero exitoso. Entre las epidemias de la conquista y el coronavirus han pasado ya quinientos años. Al comienzo las enfermedades llegaban en barco y se propagaban lentamente, con viajeros que venían a pie y en canoa desde la costa a Bogotá. En 1802 una epidemia de viruela hizo que en Bogotá soñaran con usar la vacuna: cuando la expedición llegó en 1804 con los niños que habían sido contaminados por el virus de las vacas, ya la epidemia había pasado, aunque no había sido tan dura como otras, porque desde 1782 se había empezado a inocular el virus de los enfermos a los sanos que se arriesgaban.

Pero ahora, en este confinamiento, el primero que me toca en la vida, estoy en medio del mundo y veo todas las mañanas las calles de Wuhan, Guayaquil o El Cabo o las ventanas desde donde la gente aplaude en El Ensanche o Milán: ahora las epidemias las riegan instantáneamente, entre otros, millones de turistas que en un solo día van hasta el otro extremo del mundo, convertido en un inmenso espacio de viajes y vacaciones y un solo ámbito de producción: el cierre de los bares en China hace que esa misma tarde alguien decida no sembrar cebada en África.

En estos cinco siglos los países capitalistas de Europa han ido imponiendo su dominio sobre el mundo, tanto en términos económicos como políticos y culturales. El avance de las técnicas extendió un sistema de producción que permite alimentar una población inmensa. Y desde el siglo XVIII la Ilustración produjo una cultura en la que periódicos y libros impusieron un ideología de la razón y cambiaron la forma de explicar las enfermedades, que dejaron poco a poco de ser castigos de Dios para convertirse en el resultado de cambios imprevisibles de la naturaleza y en el efecto de las conductas humanas, que deben estudiarse con métodos científicos, y que pueden combatirse y prevenirse con cuarentenas, vacunas y remedios, y no únicamente con rogativas a la Virgen de Chiquinquirá, cuyo papel en la epidemia actual ha sido muy limitado.

por JORGE ORLANDO MELO



El diluvio universal. Miguel Ángel, 1509.

Por eso ahora, en vez de esperar a que la Virgen de Chiquinquirá frene la epidemia, como hicieron los tunjanos en 1588 (según Pedro Simón, ella sí los oyó, y la epidemia de viruelas se acabó a los seis meses), se aplican cuarentenas (como lo hizo Pamplona ese mismo año, y se libró de las muertes que le tocaron a otras provincias en esos seis meses) y hay hospitales, pruebas y exámenes, drogas y remedios, modelos matemáticos de la extensión de la infección, datos y cifras. Las personas creen en la ciencia, en la razón, en las pruebas y los experimentos (y en lo que los medios les presentan como datos sólidos), y no confían mucho en que las rogativas, a quien sea, paren los contagios.

En los siglos XVIII y XIX a veces todavía las autoridades vacilaban: el obispo virrey Caballero y Góngora prohibió las cuarentenas o “degredos” de los comerciantes que subían de la costa a Bogotá, pues la epidemia de 1782 era un castigo divino que había que cumplir, por la rebelión de los comuneros contra el rey. Pero poco a poco las medidas humanas ganaron a la intervención divina y las epidemias se fueron reduciendo, a base de higiene, limpieza, comida más abundante, cuarentenas y, sobre todo, como pasó con la viruela, el sarampión, el polio y el tifo, a punta de vacunas. En 1918 vivimos la última gran epidemia: la gripa española. En dos meses mató unas dos mil personas en Bogotá, y otro tanto en el resto de Colombia, pocos

comparados con los millones que probablemente arrasaron las epidemias del siglo XVI. Se aplicó toda la ciencia posible, a diferencia de la epidemia del cólera de 1849, cuando el dilema, como hoy, estuvo en gran parte entre la economía y la vida y el gobierno escogió la economía. Muchos liberales se opusieron a la cuarentena, pues iba a afectar la producción y el comercio; muchos conservadores se opusieron porque la población debía sufrir el castigo divino. Los artesanos estuvieron de acuerdo en que no hubiera confinamiento, para tener de qué vivir.

Hoy —en parte como resultado de los grandes cambios que avanzaron en el siglo XVIII, cuando se inventaron los derechos del hombre y la ciudadanía— la sociedad es democrática, más o menos, y los gobiernos tienen que aplicar medidas que cuenten con un respaldo social importante, que no produzcan la rebelión de los empresarios, de los empleados o de la mayoría de la población. La democracia es complicada, con procesos de decisión muy enredados, que combinan la igualdad de los votos con la desigualdad inmensa de los poderes políticos o económicos: por eso hay que tener mecanismos para que los puntos de vista de los más poderosos y ricos no se impongan automáticamente, de modo que las decisiones tengan algo en cuenta los intereses y las opiniones (que no siempre coinciden) de los más pobres. El capitalismo es un sistema en

el que finalmente mandan los empresarios, pero necesitan convencer a la mayoría de las personas: sus votos eligen los gobernantes, y las democracias son el resultado de esta difícil transacción entre el poder y el número. En esta epidemia se ha visto cómo los más amigos de los empresarios, Trump, Johnson o Bolsonaro, preferían correr los riesgos de salud para no afectar la economía, lo que también, a la larga, podía haber llevado a consecuencias difíciles de prever y calcular. Pero tuvieron que ceder ante la presión de la población, que no sabía cómo escoger pero finalmente se enfrentaba, en el corto plazo, a la angustia confusa e inmediata de la enfermedad, el hambre y la muerte.

La forma como se tomaron esas decisiones, y se tomarán las que tienen que ver con el retorno gradual a la vida normal, muestra las grandes limitaciones de los sistemas políticos: los datos son incompletos y deficientes o se ocultan, los recursos se administran más o menos a la brava, pero, fuera de algunos países autoritarios, hay que dar explicaciones a la opinión y no es posible desafiarse o engañarla más allá de ciertos límites. Uno podía ver cómo en España el ejército hacía hospitales mientras en Brasil se construían cementerios, y ambos casos eran presentados como ejemplo de eficiencia estatal; los aplausos en las ventanas eran lo importante, y todos hablaron durante semanas del pico del contagio, sin que nunca nos dijeran qué

era, si el día en que empezarían a bajar los casos nuevos o los muertos, o cuando se redujera el “porcentaje de aumento”, o cuando bajara varios días seguidos, o qué: en el fondo era el momento en que los gobiernos podían decir a la población que ya la amenaza no era tan grave, y esto era lo que realmente importaba, pues era el gesto político que podría tranquilizar un electorado ansioso.

Esta experiencia, creen muchos, va a cambiar la forma en que la sociedad enfrenta los grandes riesgos y amenazas actuales. Puede que haya una respuesta mejor a problemas concretos como la distribución de alimentos, el manejo de grupos especiales (presos o viejos que viven en residencias y ancianatos), la forma de cumplir obligaciones de pagos o trámites que era evidente que se podían hacer en línea y las instituciones rechazaban. Lo más seguro es que se trabajará más desde la casa, sobre todo en asuntos administrativos o de diseño. Tal vez los gobiernos crearán algún mecanismo para controlar mejor, ante riesgos parecidos, el tráfico internacional, que sigue de modo absurdo regulado, en una crisis como esta, por centenares de países independientes. Y puede que se establezca alguna forma de seguro que permitirá contar con recursos para alimentar a los que tengan que dejar de ir a su trabajo. Pero en los asuntos de fondo no es muy probable: las angustias e indecisiones seguirán iguales, cada gobierno buscará cómo encontrar qué



El diluvio. Gustave Doré, 1866.

hacer y cómo repartir los riesgos y peligros, la población mirará con quietud fascinada e inquietud angustiosa lo que pasa en todas partes y los países y las autoridades no sabrán cómo escoger entre el confinamiento y el trabajo, la salud y la economía, las certezas borrosas del presente y las incertidumbres del futuro. Ni siquiera puede saberse si, en uno o dos siglos, las religiones que siguen pensando que su dios debe gobernarlos a todos acepten convivir sin violencia.

La humanidad no aprende, aunque algunos de sus miembros pueden hacerlo. En los últimos veinte años hubo pandemias notables, pero como se concentraron en países pobres, poco se aprendió de ellas. Esta vez las enfermedades y epidemias competirán con otros peligros, con los problemas del medio ambiente y del calentamiento global, con los riesgos de que las grandes empresas de la red tomen el control de la sociedad, con las dificultades para que los sistemas burocráticos digan más o menos sinceramente qué están haciendo, con las reglas para movernos en este mundo unificado pero lleno de barreras y aduanas. Sabemos que en esos mismos años, un día cualquiera, las autoridades informarán que en unas semanas se van a inundar millones de kilómetros de playas, que Turbaco o Mompos se convertirán en puertos de mar. Aunque se sabe por qué pasará esto y cómo evitarlo, probablemente no lo haremos: ese día habrá gobiernos que van a tener que construir en poco tiempo miles de kilómetros de muros de contención, para evitar que las aguas derriben ciudades con millones de habitantes. Unos podrán hacerlo y tendrán recursos y técnicas para ello: otros deberán moverse a tierras más altas; muchos se ahogarán.

Pero la población difícilmente votará ahora por gobiernos que decidan evitar este problema empezando a prevenirlo ya mismo: si acaso por gobiernos que sean capaces de enfrentarlo, en algunos casos, cuando llegue.

En parte esto es así, porque no hemos inventado un sistema político capaz de tomar decisiones comunes e informadas sobre esta clase de problemas, que desbordan las fronteras nacionales y en los que hay que comparar los beneficios de la prevención, un bien incierto cuyos resultados nadie garantiza, con unos costos reales inmediatos, que asumirán diferentes países y grupos económicos y sociales. En estos asuntos los más poderosos tienen intereses urgentes y no renunciarán a sus ganancias actuales para evitar males que tal vez no se van a concretar: impedir el calentamiento global, por ejemplo, supone acabar con el uso del petróleo y bajar el consumo de carnes, y todo el poder de los petroleros y los gobiernos se usará para demostrar que es posible, con algo de precaución, evitar los daños locales que producen sistemas como el *fracking* (aunque no se eviten los daños ambientales al planeta, pero este es un problema que los gobiernos pueden eludir, pues los tribunales no tienen jurisdicción fuera de las fronteras: pueden, razonablemente, exigir que el *fracking* se haga con grandes precauciones locales, para frenar las protestas de los ambientalistas, mientras se crean algunos empleos produciendo algo más de energía fósil que no perjudique a todos, pero en un horizonte tan remoto que en apariencia no importe).

Es probable que algo parecido ocurra con enfermedades como la obesidad o la diabetes, que pueden amanecer algún día fuera de control, pero que

solo se enfrentarán más o menos en serio cuando se vea que se están desbordando: mientras tanto el sistema democrático no tiene mecanismos de transacción y decisión que permitan a la mayoría escoger, por ejemplo, reducir la producción de petróleo o imponer un impuesto creciente al azúcar. Entre otras cosas porque el sistema de comunicación actual, para estos efectos, hace que la población, estimulada por el miedo, el temor, las emociones, las noticias falsas y los argumentos falaces, vote por los que se opongan a gastarse la plata de todos en prevenir males futuros, cuando hay tantos males actuales, tanto desempleo y tanta pobreza.

En resumen, creo que no hay razones para el optimismo que nos lleve a pensar que a partir de esta experiencia sabremos cómo ponernos de acuerdo para evitar nuevas pandemias, prevenir nuevas enfermedades, evitar el calentamiento global o la obesidad mórbida de todos. Pero tampoco hay razones para un pesimismo ilimitado: habrá gobiernos capaces de hacer los muros para evitar que el mar se meta a las ciudades y de pagar tratamientos a los que los necesiten, aunque cuesten más de lo que habría costado evitar esas enfermedades y epidemias.

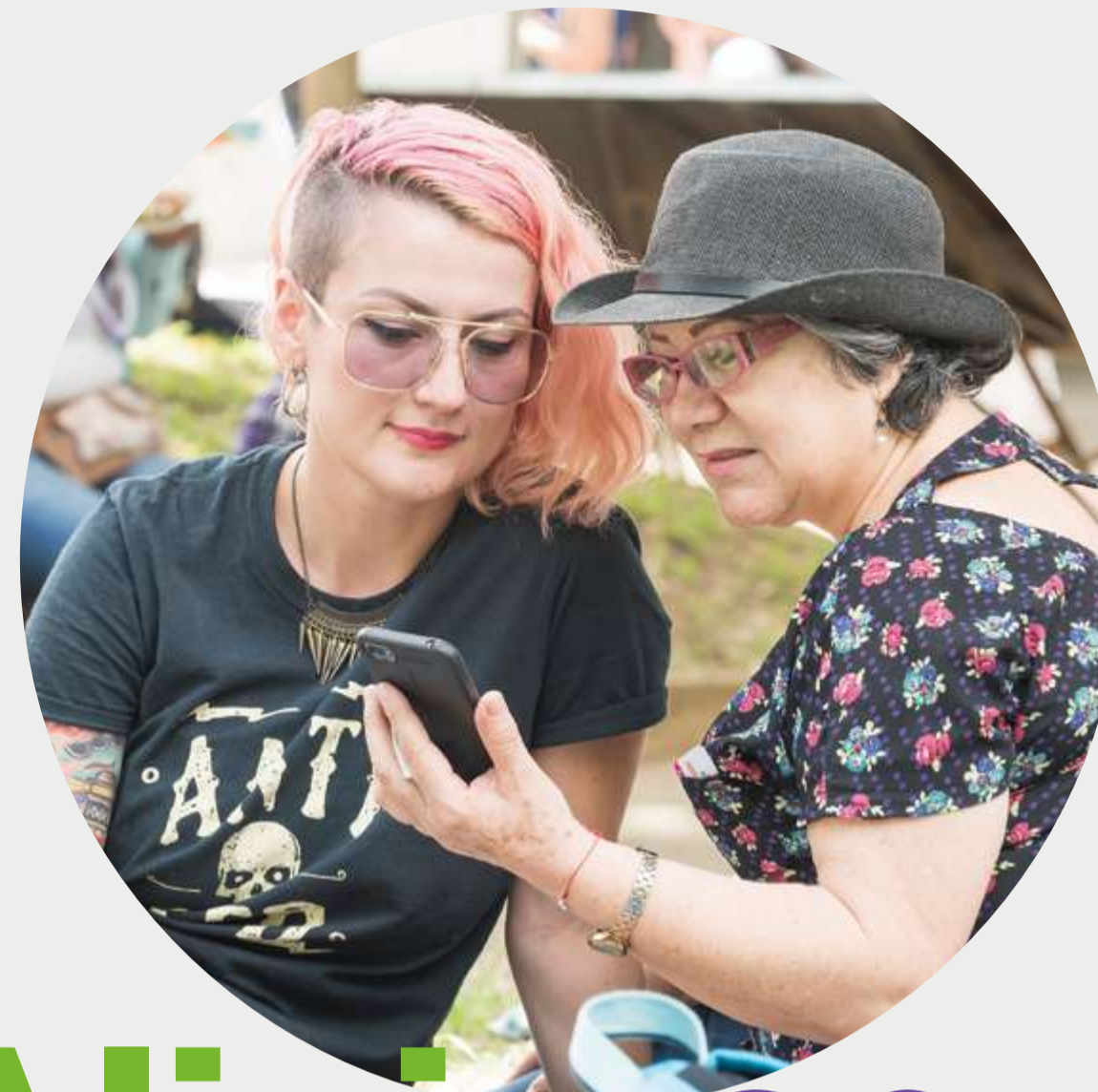
El problema sigue siendo que la democracia, como sistema político, es el mejor de los sistemas posibles, pero es bastante defectuoso. Decide en el marco local, pero sus problemas son universales, y decide en el presente, pero debe tener en cuenta los efectos del futuro: el tiempo, con sus incertidumbres, es de la esencia de estas decisiones. Y depende, para adoptar políticas, de la calidad de la información de los ciudadanos, y de su capacidad para evaluar la veracidad

de lo que oyen, para criticar las fuentes y hacer argumentos complejos, basados en la evidencia, a partir de hechos imprecisos, como son la mayoría de los hechos sociales. Muchos argumentan que hay que enseñar historia para que no repitamos el pasado, lo que nunca pasa: la pandemia actual repite elementos aislados, pero en esencia es algo nuevo, y siempre en la sociedad las condiciones son novedosas. Lo que sí sería útil es que se usen las clases de historia y de ciencias sociales para enseñar a argumentar en asuntos inexactos. La historia, como la sociología, la economía o el derecho, son ciencias inexactas, aunque hagan todo lo posible para hacer creer que son tan exactas como la aritmética. El derecho, en especial, ha promovido formas de razonamiento que favorecen a unos u otros pero se presentan siempre como el resultado inexorable de deducciones lógicas e imparciales, que sirven para esconder que buena parte de los argumentos de las sentencias sobre derechos se refieren, más que a la existencia y reconocimiento de esos derechos, a la forma práctica de hacerlos efectivos, con un balance concreto y un marco temporal de asignaciones de recursos.

Por eso la calidad de la información y del debate público son tan importantes en las discusiones y decisiones políticas: porque a partir de las imprecisiones de la información y de la manipulación de las emociones se montan argumentos peligrosos, alimentados por los poderosos, los políticos, los empresarios, los medios de comunicación, que llevan a que muchas veces los ciudadanos apoyen medidas que a la larga los perjudican o elijan a quienes, pensándolo bien, un tiempo después, era evidente que los iban a fregar. ☹️



El arca de Noé sobre el monte Ararat. Simon de Myle, 1570.



Alivio es saber que

¡Nos tenemos!

y que a la distancia
nos seguimos abrazando.

La diferencia está en confiar

confiar
coop

El cráneo de Descartes

por CIPRIAN VĂLCAN • Ilustraciones de Tobías Arboleda

Traducción de Miguel Ángel Gómez Mendoza



Musée de l'Homme, 13 de abril de 2003

En la primavera del 2003 me encontraba en París, trabajaba en mi tesis de doctorado en la École Pratique des Hautes Études. De lunes a sábado pasaba buena parte del tiempo en la Biblioteca Nacional de Tolbiac, y los domingos acostumbraba ir a los museos. Había agotado la lista de los museos que me parecían en verdad interesantes, entonces decidí entrar al Musée de l'Homme, sin tener mayores expectativas. Al llegar al ala izquierda del Passy a Palais de Chaillot tuve la sensación de que me hallaba en una pequeña ciudad rumana: me encontré con un montón de vitrinas vacías, descubrí maniqués semidesnudos, fotografías amarillentas por efecto del tiempo y un revolto generalizado que me hizo creer que un comerciante de mercado de pulgas había volcado su mercancía de cualquier manera, desearo de salir rápidamente de ella y partir. Se podían ver las representaciones de unos tuaregs que me hacían pensar en la utilería usada para un western producido en la República Democrática Alemana o en la Yugoslavia de los tiempos

de mi infancia, y lanzas de unos guerreros masáis, retratos de unos santos etíopes, leones y cocodrilos, fotografías de unos brujos cameruneses, extravagantes camas sobre los camellos de los beduinos, el trono de un rey de Dahomey, un kayak de piel de foca, senos, vestidos para desfiles, morsas disecadas, máscaras africanas (máscara de un niño de pecho, máscara de un loco, máscara de un espíritu algo hambriento), condimentos turcos, una espada y cuatro parejas de chalecos salvavidas, una maqueta de la ópera de Pekín, estadísticas demográficas, una casa tradicional de Anatolia y, al final, un inmenso oso blanco sobre los restos de una exposición acerca de Hungría.

Había oído que el museo cerraría, sin embargo, no me esperaba encontrar semejante desorden que parecía hacer necesaria la presencia de los trabajadores encargados de vaciar las vitrinas y transportar su contenido a misteriosas reservas en otro lugar. No había visto hasta entonces, y tampoco habría de ver nunca más, un museo que transmitiera semejante sensación de obsolescencia y de improvisación,

donde pareciera que todas las piezas expuestas habrían sido sacadas al azar de un depósito de antigüedades inútiles o de un inmenso contenedor sin reclamar en algún puerto del Mar del Norte. Salí tambaleándome del Palais de Chaillot, con un fuerte dolor de cabeza, absolutamente convencido de que no volvería a ese museo ni siquiera si pasara por la más radical renovación y reconstrucción de la historia.

Para mi gran asombro, supe que este desastroso museo funcionó hasta 2009. Y en los últimos seis años y medio se invirtió un montón de dinero en su restauración; alrededor de sesenta millones de euros. Fue reabierto al público en el otoño de 2015, con la presencia de François Hollande. He leído sobre la estructura del nuevo museo en *Le Monde*, *Le Figaro* y *Libération*, entretenido por la transformación de lo vetusto a lo ultramoderno; pero para nada me ha interesado ver cómo cambió. Los cráneos de unos desconocidos bárbaros, o los inventos interactivos en los que se trabajó intensamente no tenían para mí ningún atractivo. Sin embargo, mientras estaba por concluir que era un museo para niños y adolescentes, descubrí una información que me hizo moderar el juicio: el periodista de *Libération* insiste, con gran entusiasmo, en que en el museo va ser expuesto el cráneo de Descartes.

Ladrones de cráneos

En julio de 2015 el cráneo de Murnau fue robado del panteón de su familia en el cementerio de Stahnsdorf, cerca de Berlín. La policía no logró encontrar ninguna pista que condujera a la captura de los ladrones. El cráneo del más conocido pirata alemán, Klaus Störtebeker, ejecutado en el año 1401, que tenía clavado, como un adorno, un inmenso clavo de hierro y que se encontraba desde 1933 en el Museum für Hamburgische Geschichte, fue robado en enero del 2010. La policía logró encontrarlo en marzo del 2011. A comienzos de mayo de 2007, el cráneo de Kádár János, presidente de la Hungría comunista, fue robado de su cementerio en Budapest. Los ladrones no fueron atrapados, y el cráneo no fue encontrado. Fueron también robados en diversas circunstancias los cráneos de Beethoven, Sade, Mozart, Goya, Haydn, Descartes, así como la cabeza momificada del rey Enrique IV de Francia. A Einstein no le robaron el cráneo, sino el cerebro, que luego fue cortado casi en 1500 trozos por Thomas Harvey, el médico que le practicó la autopsia en el Princeton Hospital.

La historia más intrincada es la del cráneo momificado de Enrique IV. En 1793 los revolucionarios presos profanaron las tumbas reales de Saint Denis, y los esqueletos hallados de sus féretros fueron sacados y desmembrados. Ni el cadáver de Enrique IV escapó a esa furia desatada, y llegó, después de dos días, a una fosa común, cubierto con cal viva. Durante la Restauración, Luis XVIII ordenó traer de nuevo los restos reales a la Catedral de Saint Denis. Tres cadáveres fueron encontrados sin cráneos y se presupone que uno de ellos sería el de Enrique IV. Luego de más de cien años, no existe ningún tipo de información sobre el cráneo del rey.

El 31 de octubre de 1919, con ocasión de la subasta de los objetos provenientes del taller de la artista Emma Nallet-Poussin, Joseph-Émile Bourdais compró tres cráneos anónimos. Según se lee en un artículo publicado en 1924 en una revista dedicada a la historia del arte, Bourdais se convenció de que uno de ellos es el cráneo de Enrique IV. Desde ese momento dedicó su vida a demostrar que el cráneo era el auténtico cráneo del rey; pero no logró tener pruebas sólidas como apoyo de su afirmación, así que su hipótesis no ha sido confirmada. Obsesionado con este problema llegó a identificarse con él, pidió que en su tumba del cementerio de Pantin se fijara una fotografía en la que apareciera junto con el cráneo momificado.

En 1995 la hermana de Bourdais vendió el cráneo momificado a Jacques Bellanger. Este lo conservó en la buhardilla de su casa por más de cincuenta años hasta cuando decidió contactar al historiador Jean-Pierre Babelon para pedirle

su opinión sobre el ilustre casco. En el año 2010 el cráneo fue sometido a unas complejas pruebas y, luego de estas, el médico forense Philippe Charlier, conocido por sus estudios de paleontología, dijo haber comprobado de manera indudable que el misterioso cráneo era el de Enrique IV. Pero la historia no termina aquí, porque sigue una serie de controversias: dos nuevos estudios cuestionaron los métodos empleados por Charlier, mientras que un tercer estudio confirmaba la tesis. La opinión pública, sin embargo, parecía estar convencida de la verdad de la versión de Charlier, en especial después de que este escribiera, junto a Stéphane Gabet, un libro titulado *El enigma del rey sin cabeza*. A causa de las disputas entre los hombres de ciencia la cabeza momificada, que debía ser inhumada en la catedral de Saint Denis, se conserva desde 2010 en la bóveda de un banco parisino.

La historia del cráneo de Descartes

Al encontrarse en una difícil situación financiera y sintiendo que permanecer en Holanda —donde vivió durante veinte años— se había vuelto inseguro, Descartes, por invitación de la reina Cristina de Suecia, aceptó partir hacia Estocolmo en el otoño de 1649. Probablemente fue tentado tanto por la protección que le podía ofrecer una de las monarquías más poderosas de Europa, como por la generosa pensión que le fue prometida. La reina, sin embargo, era una varonil y excéntrica mujer que se mantenía lejos de cualquier coquetería, siguiendo los estrictos consejos de su padre, el rey Gustavo II Adolfo, quien murió en 1632 en la batalla de Lützen, cuando ella tenía seis años. Esforzándose en ser digna de las esperanzas que puso en ella Gustavo II Adolfo, trabajó mucho, dándose apenas dos o tres horas de sueño por noche. Su estricto programa le impuso pedir a Descartes que sus encuentros para las lecciones de filosofía fueran fijados a las cinco de la mañana. El ritmo del filósofo, acostumbrado a permanecer en la cama hasta casi las once, fue completamente trastocado. Además, tuvo que enfrentar el terrible frío del norte, y esto le llevó rápidamente al final. Descartes murió de neumonía el 11 de febrero de 1650 y fue enterrado en Estocolmo.

Por insistencia de sus amigos y sus admiradores, quienes gozaban de influencia en la corte de Luis XIV, se decidió que su cuerpo fuera llevado a Francia. Por orden del señor D'Alibert, transmitida en el mes de mayo de 1666. El cofre de cobre en donde se hallaba lo que había quedado del cadáver de Descartes, llegó a Francia en enero de 1667 gracias a las gestiones conjuntas del caballero de Terlon, embajador de Francia en Estocolmo en ese entonces, y del señor de Pomponne, quien sería su sucesor como embajador de Luis XIV en Suecia. Pero debido a que los escritos de Descartes fueron condenados entretanto por la iglesia, su cuerpo no fue protagonista de un regreso triunfal ni logró recibir los elogiosos discursos preparados por sus admiradores. De modo que fue enterrado en un tanto deprisa en la iglesia de la abadía de Sainte-Geneviève.

Durante la Revolución francesa se propuso conducir el féretro al Panthéon; pero el proyecto fracasó, y los fragmentos del esqueleto de Descartes llegaron a diversas partes. Se logró reunirlos apenas en 1819, cuando fue enterrado en la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, pero en esta ocasión se constató que faltaba el cráneo. Después de laboriosas investigaciones se encontró que el oficial sueco encargado del transporte del féretro fue quien robó el cráneo; pues consideró que este no debía regresar a Francia, un país incapaz de apreciar el genio de su más ilustre filósofo. Al llegar a manos de sus herederos, el cráneo fue vendido en una subasta, cambiando luego de propietario en muchas ocasiones. El sabio sueco Berzelius, quien se encontraba en París en 1819 y seguía con cuidado el escándalo, logró encontrar el cráneo en Estocolmo, lo compró por una ínfima suma y se lo ofreció a Cuvier en 1821. De esta manera, el cráneo llegó al

Muséum national d'Histoire naturelle, y, desde 1931, al Musée de l'Homme, donde se conservó en reserva, siendo expuesto solo en algunas ocasiones hasta la reapertura del museo en 2015.

Musée de l'Homme, 17 de agosto de 2016

Al volver con una beca de la École Pratique des Hautes Études en el verano del 2016, decidí ir al Musée de l'Homme para ver el cráneo de Descartes. Así como me esperaba, no reconocí nada: el espacio del museo fue transformado de manera radical, y el desorden del 2003 fue reemplazado con el radiante orden francés que conozco muy bien. Si en la primera visita al museo me sentí como en Slobozia, pequeña ciudad rumana; en la segunda tuve la impresión de ser transportado al Cabo Cañaveral. Si en el 2003 todo parecía polvoriento, anticuado, arrojado patas arriba; en el 2016 todo era aséptico, organizado, racional y rebosante de novedad. En lugar de afiches amarillentos, gráficos anticuados, planos desaliñados había pantallas, computadores, paredes hablantes. En el 2003 te paseabas entre maquetas descoloridas que te daban información sobre la altura promedio de los habitantes de la tierra empleando decenas siluetas hechas de caucho. En el 2016 sentías el olor del humo de la cueva de unos hombres de hace cuarenta mil años, te divertías en posiciones grotescas frente a unas pantallas interactivas para saber en cuál oficio encajabas, veías cómo se mostraría tu cara si fueras un hombre del Neandertal.

Fascinado por la nueva fachada del museo, que logró vencer mi resistencia e incredulidad en la tecnología, pasé de una a otra sala, y de un piso a otro, convencido de que a la larga iba dar con el cráneo de Descartes, al que imaginaba puesto en una vitrina especial, al lado de algunos detalles sobre su biografía y de las primeras ediciones de sus más importantes escritos. Después de casi tres horas en el museo llegué a la salida sin encontrar el famoso cráneo. No tuve más paciencia para comenzar desde el principio, pero había guardado en el bolsillo un plano del museo y me prometí volver cuando fuera a entrar al museo de la Marina, situado en el ala izquierda Passy a Palais de Chaillot. Cuando volví, después de algunos días, no tuve la energía suficiente para entrar también al Musée de l'Homme. Decidí encontrar el cráneo de Descartes con ocasión de la siguiente beca que me llevaría a París. En el verano del 2017, si bien volví a París, tuve un programa de actividades muy cargado, así que no tuve tiempo de buscar el cráneo. Me dije que no iba a perder otra ocasión más y en 2018 decidí cumplir la palabra.

Musée de l'Homme, 13 de agosto de 2018

En el verano de 2018, una vez volví a París, me propuse un paso rápido por el Musée de l'Homme, teniendo como único fin encontrar el cráneo de Descartes. Llegué al museo alrededor de las once, subí el piso, tomé un plano con el orden de las salas y comencé a buscar el cráneo. Conforme a las indicaciones del plan, el cráneo de Descartes se encontraba en la sala uno. Durante media hora busqué todos los objetos y las pantallas de la sala; pero el cráneo de Descartes no aparecía. Exasperado, pasé a la sala dos, me devolví y realicé sin éxito una nueva búsqueda. Encontré apenas algunas máscaras de Maramures, que no me acordaba haber visto en el 2016. El cráneo de Descartes no estaba en ninguna parte. Incapaz de aceptar un nuevo fracaso decidí pedir ayuda al vigilante, un negro amable y grueso. Le expliqué qué buscaba, pero me dio a entender que estaba muy ocupado; no parecía convencido de poderme ayudar. Empecé a preguntarme si el famoso cráneo había sido sacado del museo sin que el público se enterara. El vigilante se quedó pensando un momento, luego, inseguro, me condujo frente a una vitrina y me dijo victorioso: "Ahí está". Le agradecí pleno



de entusiasmo y comencé a mirar la vitrina con cierta impaciencia, deseoso de dar lo más rápido con el cráneo de Descartes. Si bien escruté cada inscripción con toda la atención posible y me fijé con máxima paciencia en cada cráneo, no di con el de Descartes. Era una vitrina con cráneos de gorilas, orangutanes y chimpancés.

Impaciente, me devolví donde el vigilante, cuya sonrisa se parecía mucho a la de Louis Armstrong cantando *Hello Dolly*. Le expliqué que no fui a la vitrina correcta y le mostré que apenas había algunos cráneos de simios. Sonriéndome más ampliamente, me aseguré que íbamos a resolver el problema y se dirigieron hacia otros tres vigilantes. Se juntaron para hablar. Después de una corta discusión, regresó y me condujo a otra vitrina, diciéndome otra vez: "Ahí está". De nuevo le agradecí, pero esta vez sin mucho entusiasmo. Ya no estaba para nada convencido de que iría a encontrar el cráneo. Las primeras miradas arrojadas sobre la vitrina no fueron para nada prometedoras: vi el busto de Aristóteles esculpido en mármol negro y tres objetos modelados en cera: un cerebro de perro, un cerebro de mono y un cerebro de cerdo. Luego divisé la representación en papel maché de un hombre despellejado vivo, el esqueleto de un chimpancé colgado de una

rama, y también el busto de un orangután modelado con yeso. En algún momento, cuando empezaba a perder la esperanza, observé un cráneo terroso sobre el que apenas se distinguían las huellas de unas letras. Aprecié las notas explicativas de la parte inferior de la vitrina y tuve la confirmación: ¡era el cráneo de Descartes!

Solo después de haberlo examinado durante diez minutos desde todos los ángulos, me acordé de que el pobre cráneo debió soportar las fantasías de cada uno de sus diez propietarios, luego de haber sido vendido en la primera subasta por la familia del oficial sueco que lo había robado. Cada uno de ellos consideró necesario escribir algo sobre el cráneo, esperando, probablemente, que de esta manera su nombre estuviera asociado al del filósofo. Algunos no se detuvieron ahí y, bajo la influencia de las especulaciones frenológicas de boga en ese tiempo, sintieron la necesidad de observar que tenían que tratar con un cráneo increíblemente pequeño para alojar la genialidad atribuida a Descartes.

Existe una anécdota que circuló en París a comienzos del siglo XIX, anécdota cuyo autor permaneció anónimo y que reproduce perfecto el ridículo al que podían llegar aquellos que insistían en descubrir las huellas del genio, conforme a un cráneo: "Me acordaré siempre

que Spurzheim me mostró un día, sin vacilación alguna, un cráneo modelado en yeso del cual me dijo que representa fielmente el cráneo de Descartes. Según las reglas frenológicas, este cráneo era el cráneo de un estúpido y no pude abstenerme de hacer esta observación. Spurzheim me mostró en vano las protuberancias frontales que no existían. Sin duda, él las veía; pero yo no las observaba. Obligado a la final, por la evidencia, terminé por decirme que, si el cráneo era tan famoso como yo esperaba, esto debería significar que Descartes no era un espíritu tan grande como se creía de costumbre. Al no poder agrandar el cráneo para acoger la genialidad de Descartes, decidió achicar la genialidad de Descartes para hacerla caber en el cráneo".

Mirando con una cierta melancolía el cráneo del genio francés, pensé en cómo sucede casi siempre lo mismo: intentamos entender hasta las últimas consecuencias las ideas de un gran espíritu, hacemos esfuerzos para que no se nos escape ni siquiera un matiz de su sofisticada visión sobre el mundo, nos esforzamos en no perder el sentido de alguna alusión o de alguna referencia obscura en un texto olvidado, y sin embargo terminamos inmóviles en última instancia frente a una calavera que nos contempla irónicamente a través de sus inmensas cuencas vacías. ☺

El sobrino calavera



por SERGIO VALENCIA • Ilustración de Mónica Betancourt

Dos hombres vacían de cerveza sus oscuras botellas. Son las segundas que apuran y seguro agotarán unas terceras y cuartas pues el asunto que los amarra a los taburetes del bar es de aquellos tan largos como anchos: en Envigado se robaron el cráneo de un conocido filósofo después de violar su tumba.

—Si esa bomba no da para que hagamos una película, estamos jodidos.

—Jodidos ya estamos, mano. Después del documental de la vida de Cochise nadie nos volvió a parar bolas.

Ese, ciertamente, fue un fracaso de arriba abajo. Tanto por la decisión de grabar la mayoría de escenas en tiempo real, subiendo y bajando en bicicleta el Alto de Minas, como por confiar en que el viejo ciclista estaba cuerdo. El pequeño promontorio, erigido a orilla de carretera, justo donde se despeñaron el camarógrafo y su ayudante al manubrio, siempre le recordaría esa salida en falso.

—Es que hay una vaina que no me convence en esa historia. Mirá: por allá en 1973 unos muchachos borrachos y trabaos se meten a medianoche al cementerio del pueblo, a punta de piedra destrozan la lápida del filósofo más importante, que hasta había sido candidato a Premio Nobel, conocido nada menos que de Sartre, se roban el cráneo... y no hubo escándalo, nada, ni siquiera la esposa puso el denuncia, ni el gobierno hizo homenaje de desagravio, ni ordenó una investigación exhaustiva, ni una misita... nada. En una época en que por estos lados éramos todavía más mojigatos. Eh, eso es muy raro.

—Por eso te digo que la película está de papaya. El escándalo lo armamos nosotros revelando lo que no quieren que se sepa.

Y el uno empieza a exhumar los detalles mientras el otro los descarta con simples "eso ya lo contamos". Que la familia del escritor supo desde el primer momento que el cerebro de la profanación era un familiar cercano, integrante de la Barra de los 500. Que en el robo se llevaron sin querer otros dos huesos y que alguien los cubrió con pintura dorada. Que fue canjeado por una cama de cobre antigua. Que

el cráneo rodó seis años, que primero estuvo en un apartamento del Barrio Mesa, después, en una especie de altar en una finca de El Esmeraldas, de ahí pasó en una casa de lo que hoy es el edificio Mi Morada hasta recalar en un taller de mecánica y en una residencia en Tresranchos, que tal vez viajó a Turbo y a la isla de San Andrés, y que terminó en los cenizarios de la Iglesia de San Marcos después de que, como la cosa más natural, fue devuelto sigilosamente el día del entierro de doña Margarita, la consorte.

—Digamos entonces que fueron los nadaístas los que se lo robaron. Gonzaloarango era un discípulo del viejo.

—Eso es tan obvio que se le ocurrió al alcalde. Al otro día del sacrilegio sentenciado que había sido un hippie.

—No sé... entonces digamos que todo lo tramó una logia espiritista, como esa del abuelo de Bush que se robó el cráneo de Gerónimo, el jefe apache; o que fueron unos mafiosos que lo necesitaban para un ritual; o metamos una toma de yagé; o mejor juntemos todo eso.

—No tomés más.

—¡La tengo, güevón! La película es que vos y yo mientras planeamos hacer una película sobre el robo del cráneo de Fernando González nos enloquecemos y decidimos meternos a un cementerio a robarnos el cráneo de otro filósofo. ¿Ah? Peliculaza.

—Ya estás muy prendo, parece. ¿El cráneo de quién? Si por aquí casi no hay filósofos... y que yo sepa Memo Ángel no se ha muerto.

—Por ahí nos rebuscamos uno. Y por el final no te preocupés, hoy en día lo que se usa es que el espectador se lo imagine. Eso sí, quitémosle ese título de *El sobrino calavera*.

Por fin algo productivo. Y otras dos cervezas para celebrar. ¿Qué es lo que se están craneando ustedes dos?, les pregunta la mesera entrometida y ellos se sonríen, cómplices.

—Mañana, hoy mejor dicho, empiezo a leer algún libro del Vago.

—El Mago, güevón. El Mago de Otrabanda. ☺

acción impro

Esta cuarentena ponte cómodo y disfruta con la programación de **#AcciónImproEnCasa**. Sino podemos estar juntos en el teatro, sí podemos compartir la diversión en todas nuestras redes sociales.



444 5432 / 304 2135251
comercial@accionimpro@gmail.com
www.accionimpro.com.co

**COMO ARRENDATARIO@,
-SI SIGO PERCIBIENDO RECURSOS-
HONRO MIS OBLIGACIONES Y
PAGO MI ARRENDAMIENTO
SOY SOLIDARIO@
TOD@S PARA TOD@S**



MAVU 02

Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz
© Actibienes | tel. (034) 250 30 11 | info@actibienes.com | Circular 74 #39-01 | www.actibienes.com

PESTE EN LOS ANDES

por JUAN CARLOS ORREGO • Ilustración de Sebastián Cadavid

Desde los días en que los primeros europeos llegaron a América, a estas tierras la recorre el fantasma de la epidemia mortífera. Pedro de Cieza de León, en *La crónica del Perú* (1553), cuenta que las indias de las cercanías de Cartago dijeron haber visto a un heraldo nefasto de lo que, más adelante, se convirtió en una fiebre que cobró la vida de muchos nativos y españoles. El mensajero, según las testigos, era “un hombre alto de cuerpo, el vientre rasgado y sacadas las tripas e inmundicias, y con dos niños de brazo”. No lejos de ahí, los conquistadores vieron al mismo monstruo ir y venir sobre un caballo: iba rápido “como un viento” y sembraba la pestilencia por donde pasaba. Murieron todas las indias al servicio de los ibéricos.

Siglos después, la gripe española asoló el mundo al término de la Primera Guerra Mundial, y los Andes no fueron, propiamente, el lugar para resguardarse. Ciro Alegría cuenta en sus memorias que, entre 1918 y 1919, la epidemia barrió la sierra peruana de manera implacable. Se lee en los apuntes del escritor: “A los mayores, la gripe llevábaselos por cientos. Los males nuevos son como los cuchillos nuevos: cortan bien”. Los colegios mandaron a sus estudiantes de vacaciones y Ciro, adolescente, fue con una tía a la casa de una buena señora que vivía cerca del cementerio. En una hora pasaron cinco cortejos fúnebres, de modo que el futuro novelista y su pariente decidieron huir. Días después, Ciro emprendió viaje hacia la hacienda de su padre, en el norte del país. Entonces supo, de boca de varios campesinos, que la gripe se había dejado ver por los caminos: “Era una mujer de traje y rebozo blancos, montada en un caballo igualmente blanco, que galopaba de noche por pueblos y campos, calladamente, como una nube”. Que el fantasma tuviera una apariencia más limpia que en la conseja escuchada por Cieza no lo hacía, sin duda, menos feroz.

José María Arguedas también supo, al otro lado del Perú, de los estragos de las epidemias. Un cuento suyo, “La muerte de los Arango” (1955), se echa a rodar con la noticia más desalentadora posible: “Contaron que habían visto al tífus, vadeando el río, sobre un caballo negro”. El lector puesto en antecedentes no se sorprende al saber que en ese relato, ambientado en un rincón montañoso del departamento de Arequipa, incluso mueren los dos ricos del pueblo; y también encuentra previsible la nefasta escena que —como en el cuento de Alegría— incluye escolares y muchos atáúdes: “Cuando los cortejos fúnebres que pasaban cerca del corredor se hicieron muy frecuentes, la maestra nos obligó a permanecer todo el día en el salón oscuro y frío de la escuela. [...] Los indios cargaban a los muertos en unos féretros toscos; y muchas veces los brazos del cadáver sobresalían por los bordes”. En el paroxismo de la epidemia, el sacristán discurre la que ve como única solución: hacer que el caballo de Eloy Arango —uno de los dos ricos fallecidos— se precipite por un barranco. No parece del todo descabellado ese golpe certero contra el macabro y persistente simbolismo de la enfermedad.

Particularmente interesante, por ser poco o nada conocida, es una versión colombiana de la mortandad andina. Se trata de *Chambú* (1947), novela del escritor y abogado pastuso Guillermo Edmundo Chaves. El argumento lo componen las correrías del joven Ernesto Santacoloma por varios escenarios de la heterogénea geografía nariñense. En los cerros del Imayá, en la hacienda Huilquipamba, tiene lugar la que, sin duda, es la principal entre las subtramas que conforman la novela: la historia de amor de Ernesto y Gabriela, la hija de un rico agricultor y negociante de Pasto. Cuando el joven cree haber obtenido, por fin, el sí, surge un terrible contratiempo: estalla una epidemia de bartonelosis que siega las vidas de muchos jornaleros y que, incluso, muerde la salud de Gabriela. La peste no es menos terrible que las ya mencionadas: “Llegó como un viento colérico, como un mal aire súbito; y fue asolando caseríos, diezmando poblaciones, empobreciendo vidas, desmembrando los campos. A veces llegaba sigilosa. A veces caía fulmínea como una garra”. De acuerdo con los expertos —cuenta el narrador—, la epidemia procedía de la sierra peruana.

En *Chambú* también hay un jinete que recorre el campo desafortunadamente:

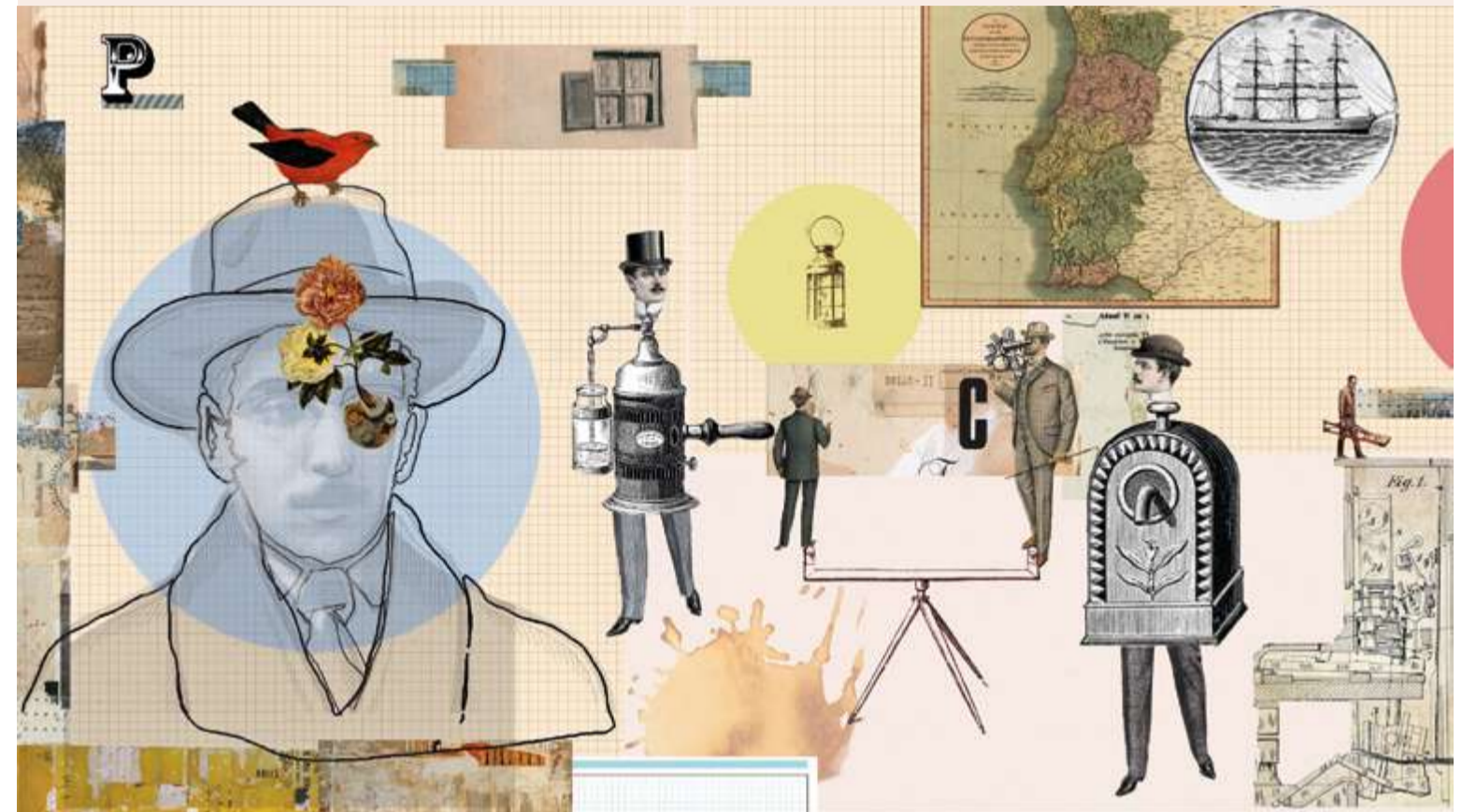
el mismo Ernesto, quien, poseído por una pasión que no puede desfogar al verse separado de Gabriela, fatiga inútilmente a su caballo. No es mensajero de malas noticias, pero sí su angustia receptor: en su ir y venir se entera de que en el pueblo de Linares han muerto doscientos campesinos y en Samaniego más de mil, y que la gente solo encuentra el remedio de viajar al santuario de Las Lajas para pedirle, a su virgen rupestre, el milagro supremo. En la hacienda Hato Viejo, Ernesto encuentra, apenas, la anécdota desoladora que relatan los sobrevivientes: “Cerca al portal [...] murió un hombre que subía con el mal. No se le presentó la verruga característica. Se fue poniendo verde, mientras un dolor sin fin le iba mordiendo las entrañas. Los ojos se le desbordaron”. Para colmo, alguien le cuenta al joven que Gabriela

se entiende divinamente con el médico ciudadano que ha ido hasta Huilquipamba para tratarla. Entonces, a medias por despecho, el protagonista se entrega a labores humanitarias sin preocuparse por el contagio. En el mejor año agrícola, no hay brazos que recojan la cosecha. El día menos pensado la bartonelosis es arrastrada por el viento y Ernesto, con su heroísmo certificado, regresa a la hacienda donde se recupera su novia. Ella lo ve del otro lado de una ventana y lo confunde con un fantasma, pero, afortunadamente, no con uno agorero: el idilio se recompone y, pocas páginas más allá, *Chambú* llega a su final con plena salud.

La recurrencia del tema epidémico en la literatura andina es, quien podría negarlo, el triste indicio de una amenaza real que jamás acaba de ser conjurada. De siglo en siglo —o de década en década— el aliento mefítico de la muerte pasa por la cordillera como un viento de estación. Queda el consuelo de poder leer la crónica de sus estragos, prueba de que, como quiera que sea, alguien queda en pie para escribirla. ©



El provincianismo portugués



por FERNANDO PESSOA • Ilustración de Fragmentaria

Traducción de María José Galeano y Jorge Uribe

Si, utilizando uno de esos artificios cómodos, con los cuales simplificamos la realidad por la determinación de comprenderla, quisiéramos resumir a un síndrome el mayor de los males portugueses, diremos que ese mal consiste en el provincianismo. Es un hecho triste, pero no nos es exclusivo. Esa misma enfermedad la padecen muchos otros países que se consideran civilizadores, con orgullo y equivocadamente.

El provincianismo consiste en pertenecer a una civilización sin tomar parte en el desarrollo superior de la misma: en seguirla, por tanto, miméticamente, con una subordinación inconsciente y feliz.

El síndrome provinciano comporta, por lo menos, tres síntomas flagrantes: el entusiasmo y admiración por los grandes ambientes y por las grandes ciudades; el entusiasmo y admiración por el progreso y por la modernidad; y, en la esfera mental superior, la incapacidad de ironía.

Si hay una característica que inmediatamente distingue al provinciano, es la admiración por los grandes ambientes. Un parisense no admira París; le gusta París. ¿Cómo va a admirar aquello que es parte de él? Nadie se admira a sí mismo, salvo un paranoico con delirio de grandeza. Recuerdo que una vez, en los tiempos de *Orpheu*, le dije a Mário de Sá-Carneiro: “Usted es europeo y civilizado, salvo en una cosa, y en esa usted es víctima de su educación portuguesa. Usted admira París, admira las grandes ciudades. Si usted hubiera sido educado en el extranjero, y bajo la influencia de una gran cultura europea, como yo, no le importarían las grandes ciudades. Estarían todas dentro de sí”.

El amor al progreso y a lo moderno es otra forma de esa misma característica provinciana. Los civilizados crean el progreso, crean la moda, crean la modernidad; por eso no les atribuyen mayor importancia. Nadie le atribuye importancia

a lo que produce. Quien no produce es el que admira la producción. Dígase incidentalmente: esta es una de las explicaciones del socialismo. Si alguna tendencia pertenece a los creadores de civilización, es la de no fijarse bien en la importancia de lo que crean. El infante don Henrique, al ser el más sistemático de todos los creadores de civilización, no vio sin embargo el prodigio que estaba creando: toda la civilización transoceánica moderna, aunque con consecuencias abominables, como la existencia de los Estados Unidos. Dante adoraba a Virgilio como un ejemplo y una estrella, nunca soñaría en compararse con él; y, no obstante, no hay nada más cierto que el que la *Divina Comedia* sea superior a la *Eneida*. El provinciano, sin embargo, se queda pasmado con lo que no hizo, porque no lo hizo; y se enorgullece de sentir ese pasmo. Si no lo sintiera, no sería provinciano.

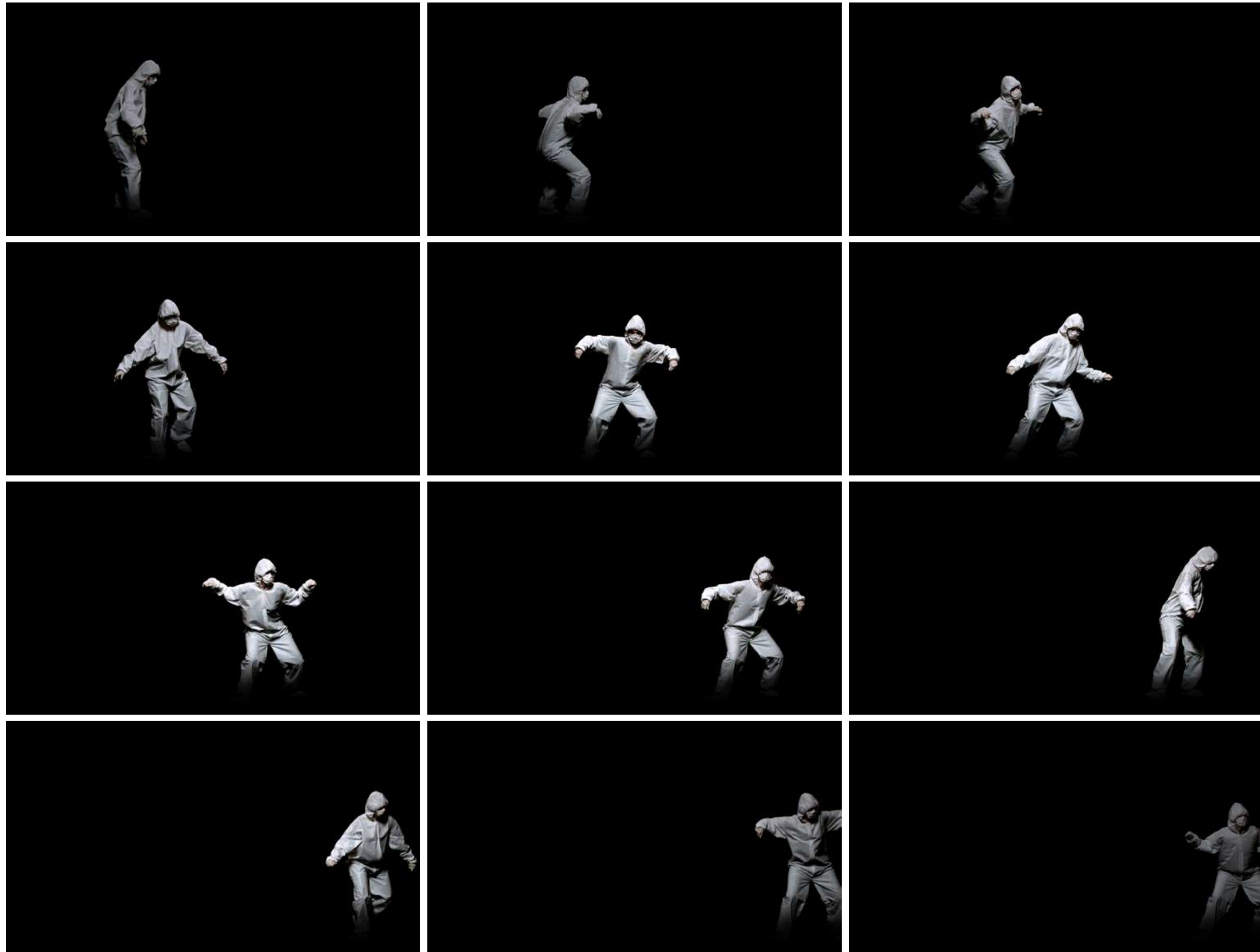
Es en la incapacidad de ironía que reside el trazo más profundo del provincianismo mental. Por ironía se entiende, no decir chistes, como se cree en los cafés y en las redacciones, sino el decir una cosa para decir lo contrario. La esencia de la ironía consiste en que no se puede descubrir el segundo sentido del texto por ninguna de sus palabras, deduciéndose sin embargo ese segundo sentido del hecho de que sea imposible que el texto deba decir aquello que dice. Así, el más grande de todos los ironistas, Swift, redactó, durante una de las hambrunas en Irlanda, y como sátira brutal contra Inglaterra, un breve escrito proponiendo una solución para esa hambruna. Propone que los irlandeses se coman a sus propios hijos. Examina con gran seriedad el problema, y expone con claridad y ciencia la utilidad de los niños de menos de siete años como buen alimento. Ninguna palabra en esas páginas asombrosas quiebra la absoluta gravedad de la exposición; nadie podría concluir, del texto, que la propuesta no se hace con absoluta seriedad, si no fuera

por la circunstancia, exterior al texto, de que una propuesta de ese tipo no puede hacerse en serio.

Esto es la ironía. Su realización exige un dominio absoluto de la expresión, producto de una cultura intensa; y eso que los ingleses llaman *detachment* (el poder de alejarse de uno mismo, de dividirse en dos, producto de ese “desarrollo de la amplitud de consciencia”, en que, según el historiador alemán Lamprecht, reside la esencia de la civilización). Su realización exige, en otras palabras, no ser provinciano.

El ejemplo más flagrante del provincianismo portugués es Eça de Queirós. Es el ejemplo más flagrante porque fue el escritor portugués que más se preocupó (como todos los provincianos) por ser civilizado. Sus intentos de ironía aterran no solo por el grado de fracaso, sino también por la inconsciencia de este. En este capítulo *A Relíquia*, un Paio Pires hablaba en francés, es un documento doloroso. Incluso las páginas sobre Pacheco, casi civilizadas, son estropeadas por varios lapsos verbales, que rompen la imperturbabilidad que la ironía exige, y arruina completamente por la introducción del desgraciado episodio de la viuda de Pacheco. Compárese a Eça de Queirós, no diré ya con Swift, pero, por ejemplo, con Anatole France. Se verá la diferencia entre un periodista, aunque brillante, de provincia, y un verdadero, aunque limitado, artista.

Para el provincianismo solo hay una terapia: saber que existe. El provincianismo vive de la inconsciencia; del suponerse civilizados cuando no lo somos, del suponerse civilizados precisamente por las cualidades por las que no lo somos. El principio de la cura está en la consciencia de la enfermedad, el de la verdad en el conocimiento del error. Cuando un loco sabe que está loco, ya no está loco. Estamos cerca de despertar, dijo Novalis, cuando soñamos que soñamos. ©



David Escobar Parra
Tiempo de perros mudos
Fotofija de video
Instalación video multicanal, sonido 5.1
Duración: 8'37"
2020

Once digresiones sobre Moldavia



por SEBASTIÁN GÓMEZ • Fotografías por el autor

Uno
La primera vez que oí hablar de Moldavia, confieso, y no sin cierta vergüenza, fue en el año 2004, en las clases de un profesor de la Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín). Cuchilla y ametalladora al mismo tiempo, se apellidaba Patiño y dictaba el curso de Historia VI, es decir, historia del largo siglo XX (1898-2001). Patiño, cuya velocidad verbal era directamente proporcional a su erudición, dijo en una de sus clases algo que jamás olvidaré: “Albania, Armenia, Bosnia, Serbia, Montenegro, Moldavia, Ucrania y Bielorrusia, eso no es Europa, eso no existe. La gente llora por París o Berlín, por Londres o Viena, pero jamás los vamos a ver chillando por los brutales cataclismos de la guerra en Minsk, Chisináu o Sarajevo”. ¿Chisináu? ¿Eso es capital de qué país? Sin embargo, la segunda vez que oí de Moldavia, también lo confieso, fue gracias a Irina, uno de los personajes

terciarios (¿o cuaternarios?) de esa París tan curiosa que pinta el escritor colombiano Santiago Gamboa en *El síndrome de Ulises*. Y la tercera vez que oí de Moldavia fue por un muchacho que conocí en Highland Park, hoy un suburbio chic de Los Ángeles, en una fiesta en la casa de un amigo. El muchacho se llamaba Alex, y era un moldavo emigrado a California con su familia desde muy niño. Un gringo, pues, pero que, como suele ocurrir allá en USA, evocaba con mucho orgullo su origen eslavo: “*I’m from Moldova, where I learned to play the piano*”, me dijo después de varios tragos de mezcal. Buena gente el man, la verdad.

Dos

En Madrid, donde vivo últimamente, un día de diciembre de 2019 pedí un Uber. Para mi sorpresa no me recogió ni Germán Darío ni Luis Carlos ni John Elkin, porque Uber en Madrid es un monopolio de quindianos, risaraldenses,

cadenses y algunos antioqueños. El que me recogió fue otro conductor, un rumano de quien no recuerdo el nombre. En un español cuasi perfecto, como el de la mayoría de los rumanos que residen en Madrid, me dijo que era nativo de Afumati, un poblado cercano a Bucarest. Le dije que yo quería conocer Moldavia, que me intrigaba mucho ese país, que tenía, por así decirlo, la necesidad de viajar allá. Pues su reacción, dándole golpecitos al timón del Toyota Prius que manejaba, fue más o menos adversa: “¿Por qué quiere ir usted allá? ¿Cree usted que Moldavia es algo bueno, señor?”. Yo no supe qué contestarle, pero él prosiguió: “Moldavia es un país de gente corrupta y mala, la gente roba mucho. Mi cuñado tenía un camión y fue asaltado en Moldavia. Y cuando fue a pedirle

ayuda a la policía le dijeron que ellos no creían en los rumanos, porque dicen que somos un país de corruptos”. Honestamente no sabía qué decir, si arrepentirme o decirle que tenía razón, que yo me unía al dolor de él y su cuñado y que los moldavos eran malos y corruptos. El caso es que llegamos, le pagué, y antes de bajarme remató: “Piense bien si quiere perder su dinero en Moldavia. Si yo fuera usted me iría para Ámsterdam o Budapest”. Mil gracias por los consejos, señor, lo voy a pensar. Le comento todo lo que me ocurrió a Camille, una querida amiga francesa, quien frunciendo el ceño me dice: “¿Moldavia? Ah, sí, recuerdo que allí ocurre una historia de *Tintín* —el cómic belga autoría de Hergé—, ¿y para qué vas a ir allí?”. Pues para conocer, le respondí.

Tres

Madrid-Frankfurt-Chisináu, mi itinerario. Despegando desde la T2 de Madrid hasta Frankfurt hay dos horas y media. Y de Frankfurt, cuyo aeropuerto es estúpidamente gigantesco, a Chisináu, hay tres horas: siete horas de viaje considerando todos los (malditos) rituales aeroportuarios. Llegué a Chisináu el jueves 5 de marzo a las 13:30. El avión, con muy pocos pasajeros, era un Embraer (¡que viva la industria aeronáutica de Suramérica!) de esos medianos, sin pantallitas para ver películas ni puertos USB. Aderezado únicamente con revistas en inglés, ruso, rumano y alemán. Llegué. El aeropuerto de Chisináu es un aeropuerto muy decente, como el de Pereira o Bucaramanga, a unos once o doce kilómetros del centro de la ciudad. Cuando aterricé el día estaba nublado, grisáceo, había llovido y se sentía frío. Todo es muy plano, y el gris con sus matices ahí, en el cielo, en el horizonte, en la atmósfera. Pisé Chisináu, la capital de Moldavia. Lo primero: “*All Passports*” / “*UE Passports*”. Uno no tiene piroba idea, pero la Unión Europea es un embeleco de los países objetivamente ricos que sostienen a los “media tabla”, mejor dicho, a los pobres cultural e históricamente importantes, países con ciertos desarrollos agropecuarios e industriales y en buena parte consolidados en el sector de los servicios, donde el turismo es un rubro más que primordial. Moldavia es un país europeo, pero que nunca ha sido parte de la Unión Europea, ni del “espacio Schengen”, ni de la “Eurozona”, ni de nada. Aunque en su gran mayoría su población es católica y blanca (blanquísima), así como su lengua es indoeuropea y los moldavos se presentan como participantes de Eurovisión, Moldavia es un límite, una frontera desde muchos puntos de vista. Geográficamente se ubica entre Rumania y Ucrania y tiene una exigua costa que no supera el kilómetro de largo a orillas del mar Negro.

Cuatro

Hago la fila en inmigración. Solo somos tres extranjeros entrando en ese vuelo a Chisináu. Una alemana, un español y yo. Pasé a la taquilla. Naturalmente se imaginarán lo que todos los colombianos suponemos siempre al llegar a cualquier aeropuerto del mundo, y a veces hasta en los aeropuertos de Colombia. Desde 2018, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia ajustó un acuerdo con la República de Moldavia para que los colombianos no requirieran un visado previo para ingresar al país. Y bueno, esto es una especie de alivio,

aunque en Moldavia, según la información oficial de la cancillería colombiana, hay un cónsul honorario de la República de Colombia, al parecer un señor moldavo apellidado Comanac, que oficia en la capital. Me pregunto en qué empleará ese caballero su tiempo laboral, qué dirá en los reportes que envía a Varsovia o a Bogotá. ¿Habrá disertado alguna vez en su extenso tiempo libre sobre los tres colores que coinciden en los pabellones nacionales de Moldavia y Colombia? Es curioso, en términos geopolíticos la Embajada de la República de Colombia en Varsovia (Polonia), región considerada como “Centroeuropa”, es la agencia gubernamental que se encarga de todas las relaciones bilaterales y casos de interés de ciudadanos colombianos en Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Moldavia, Rumania y Ucrania. Una locura, básicamente por el tamaño de esa jurisdicción, y por eso, haciendo la fila para pasar a la taquilla, me asaltó uno de aquellos pensamientos negativos, típicamente colombianos: ¡Marica, donde no me dejen entrar qué hago! Pensé en Adam, un querido amigo polaco que hice en Madrid, y le avisé de inmediato por WhatsApp para que me echara la mano con la embajada colombiana en Varsovia en caso de que algo saliera mal en mi viaje. Él, como abogado, sabe moverse bien por los laberintos burocráticos y, simpaticísimo como es, me dijo que claro, que con mucho gusto. Una vez Adam me contó que un amigo y coteráneo suyo estuvo en serios aprietos en Rumania a causa de una infracción de tránsito. El infractor buscó ayuda en la embajada de su país en Bucarest y todo se solucionó cuando el cónsul polaco que intercedió en el embrollo le obsequió al policía rumano una botella del mejor vodka producido en Polonia. Sin embargo, yo no podría salvarme así de fácil en caso de inmiscuirme en algún entuerto delicado. Por mí no vendría a salvarme nadie desde Varsovia y menos apertrechado de una media de aguardiente o una bolsa de Supercoco. En la taquilla una funcionaria que bien podía ser *Miss Moldavia 2020-2021* —hay que ver la inmoderada belleza de algunas eslavas pelinegras— me recibió el pasaporte y se quedó mirándolo fijamente en no sé qué página, sin parpadear, como quien ha advertido algún error. Leí sus labios y creo que musitó “Colombia”. Acto seguido sacó una hoja tamaño carta plastificada donde se veía impresa una lista hecha en un cuadro de Excel. De un momento a otro asintió, cogió un sello de goma y lo estampó en mi pasaporte. Creo que me dijo *Salut*, que en rumano quiere decir “bienvenido”. Estoy oficialmente en Moldavia, ahora sí. Un policía me da un

papel en el cual todo me resulta ilegible, a excepción de un logotipo acompañado de la leyenda “*World Health Organization*”. Se trataba de una advertencia sobre el Covid-19, justo tres días antes de que las alarmas europeas se sincronizaran para explotar.

Cinco

Conmigo llevo doscientos euros, pero debo cambiar de divisa. Lógico. En un local en el aeropuerto me cambian los euros y me dan un apetitoso fajo de billetes de doscientos lei, el dinero moldavo. Son billetes pequeños a la manera de Monopoly, donde la cifra va acompañada de la leyenda “*Banca Națională a Moldovei*”, todos con la cara de un señor bigotón que mira al infinito luciendo una corona, una efigie propia de la Baja Edad Media: es Ștefan cel Mare, Ștefan el Grande o Ștefan III, soberano del Principado de Moldavia que vivió entre los siglos XV y XVI, gobernando hasta 1504, año en que de la mano del islam el creciente poder otomano sometió al principado. De repente me doy cuenta de que detrás de mí hay cinco personas, todos con chalecos verdes. Cada uno me dice “taxi, taxi, taxi”. “*Do you speak English?*”, le pregunto a uno, pero todos dicen: no, no, no, no. “*Ou français?*”. No, no, no, no, no. Ay, marica. Confieso que me preocupé, porque pensé que fácilmente me iban a estafar. Lo que llamamos Tercer Mundo sí cuenta con un rasgo fundamental: la sensación de inseguridad. La idea de que algo malo nos puede pasar, una desgracia, una catástrofe o una calamidad, pero claramente propinada por otra persona. Yo soy del Tercer Mundo, de uno de los países más inseguros del orbe y nativo de Medellín, ex capital mundial del hampa, por eso siento que estar muy alerta no es suficiente para evitar una tumbada en otro país, y peor, en otro idioma, que aunque morfológicamente (como ocurre con todas las lenguas romances) guarde cierto parecido a mi lengua materna, no deja de ser una cosa muy enrevesada cuando se lo oye hablar.

Seis

Mi alojamiento es un pequeño apartamento en un barrio bastante central: Telecentru, donde se encuentran gran parte de las embajadas de otros países. Mi embajada vecina es la de Corea del Sur. Max, mi casero, un ateniense que vive de la renta de diferentes apartamentos por Airbnb en Chisináu, me explica que todo es muy tranquilo, que no hay que temer, que aquí no roban celulares ni cámaras y que tampoco se cuestran; que la gente es callada y que siempre parece triste, me asegura. Yo le digo que muchas gracias, que lo llamaré por cualquier eventualidad. Llego al apartamento en la *strada* Mihail Kogălniceanu 24. Para mi sorpresa me entero de que Mihail Kogălniceanu, un patriota rumano de mediados del siglo XIX, hijo de un aristócrata moldavo, no solo fue un político y letrado prominente, sino que además había estudiado en la Universidad de Berlín de la mano de Savigny, Fichte y de Leopold von Ranke, uno de los historiadores más prestigiosos del siglo XIX. No por nada Kogălniceanu solía decir que “un año que pasé en el exterior expandió más mis horizontes que diecisiete años en Moldavia”, y es que de hecho en la capital prusiana también se había co-deado nada menos que con Alexander von Humboldt y con el célebre jurista Eduard Gans. Autor de obras monumentales sobre historia de Valaquia, Moldavia y los valacos transdanubianos, además de un tratado de historia y cultura del pueblo gitano, Kogălniceanu se convirtió en un liberal reverenciado y en una figura decisiva para la sensibilidad nacionalista de Moldavia: “Ama y sirve a tu país, no importa cuán pobre o pequeño sea”, era una de sus frases predilectas, una suerte de premonición vista desde hoy. Todo es muy silencioso y el cielo sigue gris. Veo el asfalto de la calle agrietado y con huecos, “ese inequívoco detalle tercermundista”, como dice un querido amigo. Doy una vuelta a la manzana y me atropella la imagen de un coche antiguo para bebé al costado de una




 CLASIFICADOS DE {Quarentena}

HACEMOS DOMICILIOS, NO HAWAIIANAS.



Cll 49ª #64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co



Temporalmente solo domicilios de pizzas. De Martes a Domingo a partir de las 5pm.

R/palinurodemedellin@gmail.com 

Para aquellos lectores ansiosos que buscan el refugio de las páginas:

BONOS LITERARIOS

20 MIL PESOS BONO LITERARIO	30 MIL PESOS BONO LITERARIO	50 MIL PESOS BONO LITERARIO	100 MIL PESOS BONO LITERARIO
-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	------------------------------

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160 /  Palinuro  libreriapalinuro

Gastronomía personalizada Embutido artesanal

itaca

HACEMOS DOMICILIOS en Medellín
 Todos los días De 12 m a 4 pm
 CEL. 3207908977



SABORES DE ARIS

RESTAURANTE
 CARRERA 50 # 59-13 • TEL 584 22 23

Restaurante Gourmet
 Servicio a Domicilio 3148457974   

LOS LIBROS DE JUAN

LIBRERÍA ESPECIALIZADA EN LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS.

Entrega de libros en 5 días.
 Todos nuestros volúmenes con un 35% de descuento.
 (Incluye envío en área metropolitana de Medellín)

 3142550355  @loslibrosde

 Librería Los Librosdejuan

ALMUERZOS Y OTRAS DELICIAS.

PRODUCTOS ARTESANALES QUE FACILITAN COCINAR EN CASA.

BUN-DI
 CAFÉ BISTRO

DOMICILIOS
 301 331 0444

LUNES - VIERNES
 10AM - 3PM

EXLIBRIS  café libros repostería

Libros distintos para crear mundos distintos

Envíos lunes, miércoles y viernes a Medellín, área metropolitana y el resto de Colombia

20% de descuento en sellos Planeta y del grupo editorial Random House
 10% de descuento en sellos Penta

  @cafexlibris
 300 362 8240

ayuda a los animales

Haz click para saber cómo

de Bahía SOLANO • CHOCÓ



CIUDAD CAFÉ
CHARCUTERIA - BAR
 PARA LLEVAR A CASA

CHARCUTERÍA ARTESANAL - SODAS Y COCTELES - ALIMENTOS CONGELADOS

Adquiérelos en nuestro local en el barrio Carlos E. Restrepo o a domicilio para todo Medellín
 Pedidos al WhatsApp: 300 616 51 15
 3006132256




Procesión del Viernes Santo en el Lazareto (13 de Abril de 1996)



Grupo de enfermos de lepra, de los dos Médicos del Lazareto y los dos miembros de la Comisión. 1. Dr. L. T. Torres; 2. Dr. J. Fariña, Medico del Lazareto; 3. Gral. Amador Gómez; 4. Dr. P. García Medina, Comisionado del Gobierno.

¡Lazareto, levántate!

A principios de abril de 1906, un militar, un médico y un cura realizaron “una escrupulosa visita” de casi dos semanas al lugar donde estaban confinados de manera obligatoria —secuestrados, era el término técnico— más de 1200 de “los más desgraciados de nuestros compatriotas”: el lazareto de Agua de Dios, 102 kilómetros al suroeste de Bogotá.

Era un pueblo, realmente. Con plaza, iglesia, escuelas, biblioteca, oficina de telégrafos, salas de teatro, estanco, salón de billares, hospitales y orfanatos. Solo que habitado por personas portadoras del bacilo de Hansen, la bacteria productora de la lepra, y rodeado por una doble cerca de alambre de púas.

Nadie que hubiera sido forzado a entrar a esas tierras podía salir a sus anchas a infectar a nadie con el “rey de los espantos”, esa enfermedad bíblica conocida también como “elefancia” o “elefantiasis”, por su vicio de endurecer la piel y deformar los rasgos humanos.

Era la primera vez que una comisión oficial viajaba a hacer una revisión detallada de su realidad, tras muchos años de ruegos de sus habitantes y dolientes.

Tras su visita, le entregaron al ministro de Gobierno un informe minucioso, publicado ese mismo año por la Imprenta Nacional. Un valioso documento histórico, plagado de curiosidades, ignominias,

detalles reveladores y palabras desgarradoras sobre esa realidad*.

Van aquí un par de postales para alentar al lector a sumergirse en esas páginas insólitas, una de cuyas copias se resguarda casi íntegra en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto, disponible también en su repositorio digital.

Suspiros, dolor y un himno nacional

En la primera jornada el Ferrocarril de La Sabana los dejó en la estación Tocaima, y a las cinco y media de la tarde llegaron por camino de tierra al paso sobre el río Bogotá, el famoso “Puente de los Suspiros”. Era un puente colgante custodiado por la Policía, y el punto más lejano al que las familias podían acompañar a sus enfermos antes de que se perdieran leprocomio adentro. De ahí su nombre.

A las siete de la noche, al entrar a la plaza del pueblo, comenzaron a escuchar las notas del himno nacional, interpretadas por una banda de “niños enfermos”. El lugar estaba colmado, porque la gente había salido de sus casas “para hacer una demostración de complacencia” por la llegada de la comisión.

En el informe enumeran los milagros que había producido en el lugar el dinero del gobierno. Pero luego ponen el dedo en las llagas. Básicamente faltaba agua para medio leproscario. Las escuelas estaban

“desprovistas de los objetos más necesarios para la enseñanza”. No había sino dos médicos y unos pocos practicantes, que en poco más de un año habían despachado la maratónica cifra de “once mil cuatrocientas ochenta y cinco fórmulas” para “más de mil doscientos enfermos”.

Entre muchas otras cosas, fueron a invitados a varias funciones de teatro y a una representación artística en la que las niñas del orfanato entonaron versos tan tristes como estos:

*¡Ay!, ¡Al decirte adiós, madre querida,
 sentí que se me helaba el corazón,
 Al recordar que pronto me vería
 sola sin ti, en “la tierra del dolor”!*

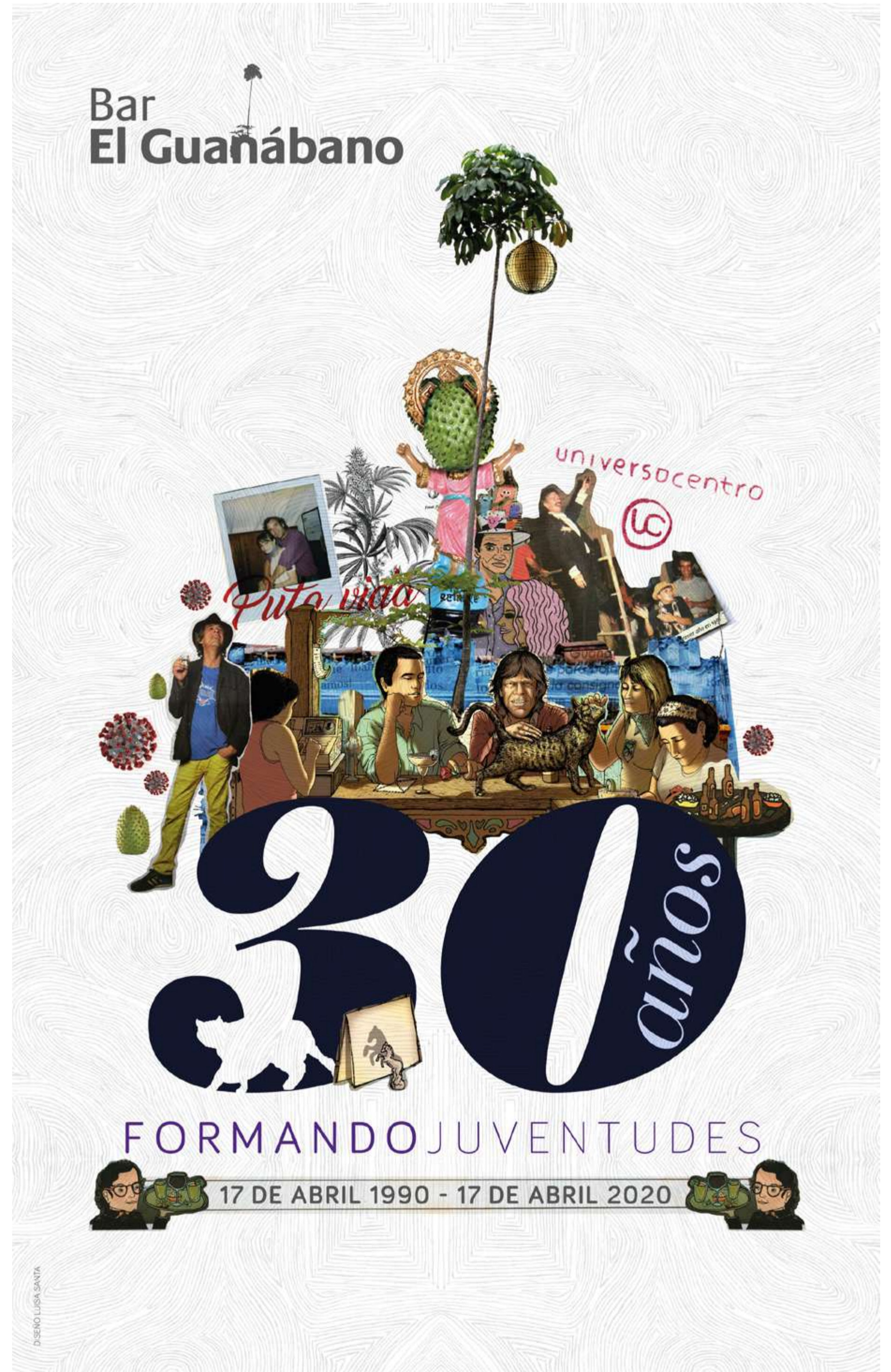
Agua de Dios fue declarado municipio en 1961 y ese mismo año se retiraron las cercas que lo rodeaban. Hoy es un tranquilo pueblo patrimonial y basta con un “tratamiento multimedicamentoso” para detener la acción del bacilo: “dapsona, rifampicina y clofazimina”. Tres palabrejas mágicas que para muchos colombianos tardaron demasiado en llegar.

*Informe que los señores general Amador Gómez, jefe de la Sección 6, de Lazaretos, y el doctor Pablo García Medina, médico adjunto a esta sección, comisionados para visitar el lazareto de Agua de Dios, presentaron al señor ministro de Gobierno.

Puedes ver el documento completo original aquí



Divino niño del Guanábano, gracias por darnos calor de hogar y tragos generosos



Bar
El Guanábano

universo centro

Put a vida

30 años

FORMANDO JUVENTUDES

17 DE ABRIL 1990 - 17 DE ABRIL 2020

DISENO LUISA SANTA



cinéfangos.net | 15 años

Crítica de cine, cine colombiano, nuevos medios, cómics, artículos y ensayos.

 /cinefangos.net

 @cinefangosnet

**OTROS
PROTAGONISTAS**

parque
explora

LA MANO

Un homenaje

Las manos, su contacto, sus gestos, su capacidad transformadora, su conexión con el cerebro... son las responsables de nuestra historia sobre la tierra. Ese sistema de relojería de 27 huesos, músculos, tendones, poleas, ligamentos, flexores, extensores, nervios... tiene hoy gran protagonismo en épocas de contención sentimental y de contagio. "Cuando tus manos salen, amor, hacia las mías, qué me traen volando". Habría que responderle a Neruda que, entre cariños, traen bichos.

Las manos son la vía más frecuente de transmisión del #COVID_19 y de numerosas enfermedades. Hay reinos bacterianos y virales en cada pliegue o en el vacío hospitalario de una uña. Mantenerlas limpias con agua y con jabón ha sido uno de los grandes avances del siglo XIX, pues ha cambiado el curso de la salud y de la enfermedad. Recomendamos las historias de Pasteur, Koch, Lister o Semmelweis y otros artífices de la antisepsia.

El contacto entre las manos y el cuerpo también ha sido considerado terapéutico. Se les atribuye transferencia energética que abre o cierra puertas al bienestar. El lenguaje de las manos -mudras- es sagrado en el budismo y el hinduismo. Y en el cristianismo, la diestra y la siniestra, han tenido su reputación.

Fascina la vida neurovascular y mecánica de las manos, la colección de huesos semilunares, piramidales y ganchosos, las palancas y falanges artesanas, las del panadero anónimo o las de Lizt o de Chopin, las que tienen la huella de una vida costurera y cirujana, las de tus amados animales, las tuyas que escriben, te sacan del confinamiento y colaboran a tu idea... "Cómo sufre la cabeza cuando se desconecta de la mano", ha escrito Richard Sennet.

La mano es la herramienta del alma según los poetas que son capaces de leer en ella, también, huellas. Incluso, "el vacío en el que estuvo otra mano... Estas manos tienen dibujadas las líneas de una vida que se perdió, porque no supo, no comprendió, no quiso". [Lee este poema de María Mercedes Carranza \(1945-2003\), poeta colombiana, aquí](#)

LAVARSE LAS MANOS

Ha cambiado la historia de la salud
Ignaz Philipp Semmelweis (1818-1865)
el olvidado médico al que le debemos tanto



[Ver publicación](#)

Grupo
famijia



Alcaldía de Medellín

medellín en 100 palabras

Edición 2020



Concurso
de cuentos
breves

Consulta las bases en

www.medellinen100palabras.com

Envía tu cuento
hasta el 13 de julio



Palabras Rodantes

Una alianza:



comfama